



cucharadas de luna

Fragmentos del libro *Vivir de nuevo* de Mauricio Miranda

Los cuentos que se presentan en esta edición de *Entretextos* son parte de nuevos proyectos literarios del escritor Mauricio Miranda (León, 1974). El intitulado «Vivir de nuevo» pertenece a una colección de cuentos sobre padecimientos mentales irreales. Para cualquiera que haya examinado el cerebro y sus limitaciones es obvio que en el rompecabezas entre la psiquiatría y la neurología hacen falta piezas, huecos a los que solo puede acceder la literatura; conexiones sin las cuales el hombre y sus enfermedades siempre vivirán incompletos.

El cuento «El jardinero» corresponde a la primera de doce perspectivas sobre una anécdota verídica. En una colonia marginal todo... ¿sucede?, ¿sucedió?, ¿sigue sucediendo? Estos cuentos intentan ser fieles a la realidad, pero la realidad siempre cambia, siempre sorprende, a veces haciéndose pasar por ficción, por cuentos que buscan reconstruir una anécdota verídica desde la perspectiva de los diferentes participantes en una colonia violentada no solo en su economía, sino también en su cultura.

Mauricio Miranda publicó en 2016 el libro *Gallo que no canta* (Ficticia); en 2007 el libro *No morirás del todo* (Instituto Cultural de León); en 2004 *La mujer abeja* (Ediciones Media Luna). Ha recibido menciones honoríficas en los concursos Literatura de León y Severiano Ocegueda Peña. Aparece en las antologías *Una cierta alegría de no saber a dónde vamos* (2009) y *Palabras Germinales* (2005). Fue becario del Instituto Estatal de la Cultura del Estado de Guanajuato en el año 2000 y en 2003. Coordinador del Taller de Creación Literaria de la Ibero León (2006-2008) y del Círculo de Escritura Creativa del 2017 a la fecha. Obtuvo el grado de doctor en Educación con la tesis «La creación literaria en una comunidad virtual», publicada como libro digital en la colección Difusión de la Investigación de la Ibero León.

Vivir de nuevo

A los seis años creía ser como los otros niños. Según yo la memoria de ellos se comportaba como la mía. Con los años supe que no. Mi cerebro y el pasado tenían una relación enferma: mis recuerdos se encimaban en el presente sofocándolo, sofocándome, provocaban sensaciones tan realistas que me dejaban exhausto. Mi corazón necesitaba bombear sangre para mi cuerpo actual y para algunos cuerpos que tuve antes. Mis músculos se veían forzados a sostenerme no solo a mí, sino a cargar también con los que había sido yo y que se materializaban en el momento actual.

Trataba de no recordar, de evadir las emociones. Tomaba pastillas tranquilizantes y un medicamento muy amargo que me ayudaba a olvidar. Cuando a pesar del tratamiento surgía algún recuerdo, este se construía en sentido contrario. No era como en la realidad, donde las sensaciones son las que impactan los sentidos, sino que de mis sentidos, por ejemplo, de mi nariz se desprendía el perfume característico de alguien entrañable y entonces yo volteaba allá donde a partir de mis ojos se proyectaba su sonrisa, su abrigo suave, las nubes y el color del cielo de aquella tarde. Por supuesto, el ahora permanecía de pie existiendo con su propia temperatura, lleno de los objetos y sensaciones. Mi mente no soportaba esa competencia por mi atención.

A los cuarenta años los síntomas se volvieron insoportables. Fui al neurólogo y, para que no se fueran a alterar los análisis de sangre y de linfa, me indicó suspender los medicamentos por un mes. Cuando finalmente le llevé los resultados el doctor se entusiasmó tanto al corroborar su diagnóstico que no pudo ocultar la cara de satisfacción mientras me explicaba sobre mi enfermedad progresiva y mortal.

Solo había seis o siete casos conocidos antes del mío. Me señaló en una lámina que estaba en la pared unas neuronas gigantes. Parecían pulpos blancos y ciegos, llenos de brazos tortuosos. Me dijo que esas eran células normales. Las mías eran diferentes —me aclaró—, su color era amarillento y su piel, la membrana celular, parecía corteza de árbol, rugosa y rígida. No era solamente la apariencia: las neuronas afectadas no tenían flexibilidad y por eso los recuerdos se quedaban tal como se habían vivido, no se ajustaban a dejar de existir ni conseguían acomodarse del todo en el olvido.

Mi enfermedad no tenía un nombre, se le consignaba como una rareza en el apartado «Raros trastornos de la memoria», bajo el subtítulo de «Graves o fatales». El libro era viejo, ya muy deshojado, parecía un anciano frágil. El doctor me dijo que no tenía caso mentirme, mi pronóstico era terminal. Me explicó lo extraño de mi edad. Se detuvo y remarcó *muy extraño*, pues los otros pacientes conocidos murieron alrededor de los 15 años a pesar del tratamiento.

Yo había llegado muy lejos. Mi forma de vivir y de automedicarme habían mantenido al pasado en hibernación. Mi evasión de las emociones arrinconaba en un lugar lejano del cerebro las escasas anécdotas significativas de mi vida.

El doctor señaló que la rememoración excesiva era el mecanismo fatal. Apenas se filtraba el menor recuerdo a la conciencia, empezaba a gritar y a removerse como un pescado fuera del agua, despertando a los otros recuerdos.

La reacción resultaba más virulenta en presencia de nostalgia, en ese caso una palabra o un aroma bastaban para llamar a miles eventos pasados al mismo tiempo y, antes de nada, la totalidad del espacio estaba saturada por el aire hecho de memoria.

Pero usted sabe, continuó el doctor, que en el pasado no hay oxígeno, aunque la persona lo crea así. Por eso, los otros pacientes no han muerto agitados, sino en paz. Al principio se sienten agobiados, pero poco a poco se tranquilizan sintiendo que reposan aquí, en el ahora, mientras mueren de asfixia en la realidad.

Yo quería seguir viviendo, aunque fuera en condiciones limitadas. Sabía perfectamente del continuo temor a las memorias, conocía esa necesidad imperiosa de rendirme, dejar de huir de mí mismo y reposar en la suavidad del pasado. Vivía cansado mientras que el deseo de sucumbir estaba siempre fresco, como una ligera fuerza de gravedad que día y noche jalaba mi voluntad.

Me escuchaba diciéndome: ya, fue suficiente, lo lograste, mereces darte por vencido. Imaginaba que los recuerdos eran hojas secas, tejidos vegetales muertos que no limpian el aire ni fabrican oxígeno ni sirven para nada, pero que cuando se apilan parecen un tesoro, un lugar crujiente para aventarse sin riesgos y ser feliz. Pero la muerte no era opción para mí.

El doctor empezó a moderar mejor su entusiasmo por haber conseguido un diagnóstico tan complejo. Me dijo, con un rostro preocupado, si tenía alguna duda. Solo por decir algo le pregunté: ¿cómo me enfermé? Sin mayor variación y mientras revisaba unos mensajes en su celular me respondió que al parecer era una enfermedad genética, heredada de la madre. En cuanto escuché las últimas palabras mi mente se inquietó: madre, mi mamá, la mujer que había evitado en lo posible, a la que solo visitaba las veces indispensables para no extrañarla. Mi madre, su herencia, lo que había dejado mi mamá dentro de mí, el amor y la muerte.

Mi boca se llenó de un suave pan dulce y de mis ojos salió la imagen de sus ojos color verde olivo. Alrededor de su mirada se formó el cuerpo entrañable de mi mamá. La abracé y ella, ellas me repetían palabras que me habían dicho cuando fui bebé y en la infancia y en la adolescencia. Yo no la quería soltar, a pesar de que el doctor trataba de separarme de ella, a pesar de sus gritos que escuchaban a lo lejos, como si los enviara por un largo tubo metálico.

La mano de mi mamá joven y también su mano anciana y la mano con la que una vez había palpado mi frente en busca de fiebre, todas las manos de ella, todas lindas acariciaron mi mejilla mientras sus voces me decían descansa, entre ecos dulces. El doctor ya no estaba, cerré los ojos y respirando el aroma de mi madre me sumergí en un agradable sueño.

El jardinero

Cuando por ahí de las once de la mañana le da mucha, mucha hambre y tiene dinero suficiente para unos tacos de doña Licha, siente que la felicidad está al alcance de su mano. Todavía pueden salir mal muchas cosas, a veces la doña no abre los martes o los jueves, pero hoy es día que sí está.

A veces pasa que llega demasiado tarde “¿De qué le sirvo, don? Ya solo me quedan papas y tantitos nopales”. De nada le serviría, solo le gusta el bistec, ponerle tantita salsa verde, limón y disfrutar mientras que sus problemas desaparecen, la sensación de las deudas se apaga y dejan de existir su esposa y sus hijos. En ese instante su vida es fresca, como una pequeña cascada en su interior; por eso cerrará los ojos al morder el taco si todo sale bien. Será feliz. Pero, a medida que se acerca en la bicicleta al puesto de tacos, puede ver que hay más gente de la que parecía a lo lejos.

Jaime lleva su bici y sus herramientas a un árbol cercano. Se ríe: “Qué bueno que no hay sociedad protectora de bicicletas, si no me multarían por encadenarla”. Así le pasó a su vecino por maltrato animal. ¿Pero a poco querían que el perro mordiera a un niño?

Piensa en el niño mordido, en la fila tan larga de los tacos y su mente se cae en un hoyo donde solo hay ideas de malestar: ¿por qué doña Licha no abre siempre? ¿Por qué no compra más bistec? ¿Por qué no es amable?

Si no fuera porque ella hace los tacos más sabrosos y más baratos, su puesto estaría solo. Así que mejor vende mucho y gana poco y quizá por eso está molesta, por eso no le importa que se vayan los clientes.

Se debe tratar con mucho respeto a doña Licha, cero chistes o quejas; a un señor le dejó de vender solo porque quería más salsa, y ahora tiene que mandar a su mujer por los tacos.

Llega por fin su turno, doña Licha le pregunta qué va a querer. Todo va perfecto, en su plato humean ya tres tacos de bistec y solo falta que le pasen una mitad de limón porque si no no le saben a nada.

Y sí, era demasiado bueno para ser verdad, otra vez ganó su mala suerte: el limón está completamente reseco, no le va a salir ni una gota de jugo. La mitad de limón se mece sobre su plato como si estuviera contenta, presume con descaro sus enormes semillas que parecen testículos depilados, aunque realmente son bebés de árbol de limón.

Jaime lo aprieta sin ninguna esperanza y solamente brotan cínicamente las semillas. Como si algún idiota las fuera a plantar para obtener limones resecos. Bueno, al menos un arbolito daría algo de sombra, no que su hijo más grande es peor: ni estudia ni trabaja.

Y entonces se da cuenta de que no será un momento agradable, nunca lo es cuando se acuerda de su hijo. El otro día agredió a la mamá nomás porque le dijo “ponte a trabajar, huevón”. El muchacho enfureció; con la fuerza acumulada por varios días de descanso le jalaba el cabello, le decía groserías, pero ella logró zafarse y se encerró en el baño hasta que llegó Jaime y logró disuadir a su hijo y

aguantar todas las quejas de su esposa, escuchar por horas cómo la hizo sentir y cómo consiguió apenas encerrarse hasta que él llegara.

Jaime, en lugar de aguantar, podría ser de los inconformes, de los que no se dejan, pero entonces estaría en la cárcel o su hijo ya lo habría golpeado o doña Licha no le vendería tacos.

Por eso, muy tranquilo se sienta sobre una piedra. Solamente para quitarse el hambre va a comer. Un taco por cada hijo y el limón será como su mujer, sin nada para él, solo repleta de semillas listas para despertar con el mínimo roce. Cuando Jaime y su mujer iban a casarse les dieron unas pláticas, les dijeron que podía haber embarazo sin penetración. Bastaba con que los líquidos de la emoción se entreveraran.

Él se rio, pero con el último embarazo así fue. Había tomado unas cervezas y escuchado canciones románticas y por eso le surgió el cariño por su mujer. El alcohol impidió la turgencia en su miembro; sin embargo, frotaron sus cuerpos: un sexo, despierto y húmedo; el otro, ausente, bofo. Después de un rato Jaime se quedó dormido. No consiguió nada de lo que quería, aunque su semilla sí entró en su mujer y mientras él roncaba se inició la germinación de su tercer hijo. Podría hacerse la vasectomía, pero lo cierto es que la posibilidad de otro hijo es el pretexto ideal para evitar el contacto con su mujer que huele a aceite rancio.

Jaime, asustado, se pone de pie y corre hacia su bicicleta con el corazón cada vez más agitado: alguien se llevó sus tijeras de jardinero mientras los pensamientos sobre su hijo y su mujer lo distraían.

Voltea para todos lados. Sin tijeras no puede ganar dinero. Con lo que iba a sacar esta semana terminaría de pagarlas y así solo le iban a quedar dieciséis abonos de la bicicleta. El prestamista podría echarlo a la cárcel si no le paga; además, claro, de quitarle la bicicleta, y lo peor sería en su casa. Como sea su mujer le pasa por alto la falta de sexo, pero sin dinero la situación se tornaría insoportable.

No sabe qué hacer, para dónde correr, una señora le dice que se fue por allá y él corre rápido detrás de no sabe quién. Y sí, a lo lejos se ve una figura tambaleante, escuálida, llena de tatuajes y con las tijeras colgando de la mano.

Corre y se las arrebató. El ladrón es un muchacho calvo, tendrá a lo mucho veinte años, pero seguro los inhalantes lo dejaron en los huesos, con la apariencia de viejito. No tiene iris, solo pupilas y la parte blanca de los ojos está amarilla. Está megadrogado, intenta repelar, pero las palabras se le enredan en un rostro lleno de confusión. Decide darse la media vuelta y caminar hacia donde iba.

Jaime ve que sus tijeras tienen ahora un mango roto, se le cayeron al drogadicto o quizá las maltrató para podérselas robar. Jaime sabe que no vale la pena pelearse, mejor regresa lo más rápido que puede por su bicicleta, no se la vayan también a llevar.

Dos horas después Jaime está frente a un árbol que va a podar. No tiene escalera, se trepa como puede. Con las tijeras maltrechas troza las ramas tiernas, que sueltan un agradable olor a hierba fresca. A las ramas más gruesas no les hace nada, necesitaría un machete. Escogió adquirir primero las tijeras porque le resultan más redituables. Con ellas corta el pasto y empareja los arbustos, aunque ahora con el mango roto se ha vuelto más difícil, se cansa más.

Queda medio chueca la copa del árbol, es mejor con máquina, pero él cobra poco, como doña Licha. Tampoco tiene camioneta para llevarse el desperdicio de hojas; lo bueno es que el baldío se encuentra cerca.

Encarga la bicicleta y se lleva el atado lo más adentro que puede entre la maleza, porque quiere aprovechar también para defecar. Ahí ve un lugar muy cómodo, muy privado. Está completamente a gusto cuando el viento mueve las hojas de una revista.

Se limpia y con los pantalones abajo se acerca y, sí, es una revista pornográfica. Le da mucha emoción, aún puede componerse un poco el día. Página tras página su excitación aumenta, la 7, la 11, así, así, la 16 tiene un anuncio, pero Jaime termina, da un grito ronco y lo invade un bienestar intenso que se disipa rápido, como el sonido de un cuete del que solo queda una nubecita gris, una marca en el recuerdo que poco a poco se expande hasta dejar otra vez el cielo limpio. Esconde la revista debajo de una piedra, luego vendrá a traer más ramas y leerá el resto.

Nuevamente se siente esperanzado, igual que las plantas secas y arrugadas cuando les cae un poquito de agua y se ponen alegres, se yergue su cuerpo vegetal al igual que el de Jaime, como si se sintiera lleno de poder, orgulloso de existir.

Pero si el agua no es suficiente, o hace mucho sol, las hojas se vuelven a enroscar y se aguadan. Así Jaime baja los hombros cuando escucha una voz que lo agrade:

—Óigame, viejo mugroso, ¿que usted dice aquí y allá que estoy loca?

Jaime voltea y ve a la señora. Sí, efectivamente dijo que era una loca, porque ella se había quejado de que él echa las hojas y las ramas al baldío, que luego por eso se hacen más ratas y más malos olores.

—No, no dije nada —dice Jaime bajando la voz y la mirada.

Quiere continuar hacia su bicicleta, pero la señora se le pone enfrente, le dice que tenga pantalones, que le repita en su cara los insultos, a ver si muy machito. Si alguien midiera la estatura de Jaime podría corroborarse que ha disminuido entre diez y doce centímetros. Jaime no es muy machito, se queda callado y evita mirarla mientras que la mujer lo sigue increpando. Él ya le repitió que no dijo nada, pero la señora insiste. Se reúnen muchos vecinos, como si estuviera ahí doña Licha vendiendo tacos y todos tuvieran dinero. No hay quien defienda a Jaime y la señora se va cansando de pelear sola y la gente empieza a aburrirse porque no hay ningún espectáculo más que la misma imagen del señor cobarde que se hace chiquito para causar lástima y que lo dejen en paz.

Le prometió muchas veces a la loca que no iba a tirar nunca más la basura en el baldío. La señora se va refunfuñando y él se queda ahí sin saber qué hará. Ni modo que se lleve el ramero en bicicleta como diez kilómetros para allá. Nadie lo va a contratar si no deja limpio. Piensa que nada peor puede pasarle cuando ve que ya no está su bicicleta ni la señora que se iba a vigilar. Toca el timbre y ella le contesta molesta que estuvo ahí más de media hora y él nunca volvió; no iba a cuidársela toda la vida, tiene cosas que hacer.

¿Qué gana Jaime con exigirle que ahora se la pague? Sin ánimo, porque está seguro de que su bicicleta no está, voltea a todas partes. Se sienta en la banqueta y ve cómo entre las fracturas del cemento salen unas plantitas. Son lindas cuando están chiquitas, como los bebés, te abrazan, parece que te quieren sin condiciones, pero solo es un truco para sobrevivir y luego, cuando ya son grandes, se les quita la ternura. Han adquirido fuerza suficiente para agredir, para apoderarse de la comida y del espacio. A él le gustan más las plantas, al menos es el pretexto que pone cuando su mujer le dice que vaya a pedir trabajo a la fábrica. Lo que le apasiona es ser jardinero.

La verdad es que no es cierto, no le gusta, y por eso fue a la fábrica, pero lo rechazaron, no contratan a nadie de más de cuarenta años.

Ahora sin bicicleta, sin tijeras y sin nada no va a tener pretextos cuando su mujer le exija que vaya a la fábrica. Él, para no meterse en problemas, le dirá que sí, mañana temprano va a ir, pero le suplicará que, al menos por hoy, lo deje descansar.

Cómo citar este artículo

Miranda, M. (2019). Fragmentos del libro intitulado *Vivir de nuevo*. *Entretextos*, 11(32), 1–7. <https://doi.org/10.59057/iberoleon.20075316.201932136>